

LA MISERICORDIA DE DIOS - EL HIJO PRÓDIGO

9ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 14)

INTRODUCCIÓN

Esta es una de las meditaciones más consoladoras, más hermosas, donde el alma descansa en el regazo de Dios Padre: encuentra dulzura en las llagas de Cristo. Luego de la cruda realidad de nuestros pecados propios y de nuestra miseria, esta meditación es como un bálsamo que cura nuestras heridas, y nos afianza en el amor a Dios. Porque, como decía **San Juan Pablo II**: “*Dios es más fuerte que nuestra miseria*”; **San Luis Orione**: “*la misericordia de Dios es siempre la última en vencer*” y **Santa Faustina Kowalska** decía que para que obtengamos el perdón de Dios, “*solo hace falta una cosa: que el pecador abra al menos un poco la puerta de su corazón... el resto lo hará Dios. Todo comienza en tu misericordia, y en tu misericordia termina*”.

Es hermoso constatar en nuestras vidas cómo se cumple esa frase de Rom 5, 20: “***Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia***”. ¡Cómo sabe Dios sacar bienes de los males, aún de nuestros propios pecados! Lo ofendemos y Él nos hace el bien. Más aún, es hermoso considerar cómo se las ingenió para remediar las miserias de toda la humanidad que había sido condenada por el pecado original, cómo cooperó para nuestro bien el mismo pecado, de modo que podamos decir con verdad, lo que canta el Pregón Pascual: “*¡Feliz culpa, que nos mereció tan noble y tan gran Redentor!*”.

LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO (LC 15, 11-32)

Ponerse en la presencia de Dios

Oración preparatoria:

[46] *La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.*

Historia:

El hijo pródigo (Lc 15, 11-24)

Composición de lugar:

El abrazo que da el Padre al hijo de la parábola; libro del padre Henri Nouwen “El regreso del hijo pródigo”; Jesús en casa del fariseo; María Magdalena a sus pies; Cristo en la Cruz, o el pastor con la oveja perdida en los hombros; la imagen de la Divina Misericordia pintada por Santa Faustina Kowalska.

Petición:

Pedir a Dios dolor de mis pecados; crecido conocimiento de la infinita misericordia de Jesucristo, de la ternura de Dios Padre.

1- LA MISERICORDIA

Antes de adentrarnos en la parábola, expliquemos un poco qué entendemos por *misericordia*.

“Según dice San Agustín (Cf. De civ. Dei 9, 5: PL 41, 261), ‘la misericordia es la compasión que experimenta nuestro corazón por las miserias ajenas, y que nos mueve/obliga a socorrerlas si podemos’. Llámase misericordia porque uno tiene el corazón afligido (*cor miserum*) por la miseria de otro”¹.

Dos aspectos tiene, por tanto, la misericordia. Por un lado el apiadarse, dolerse, hacer “miserable” nuestro corazón a causa del mal ajeno; y por otro lado tratar de poner remedio a ese mal.

Dice Santo Tomás que “*Mostrarse misericordioso es considerado como lo propio de Dios, y en ello se manifiesta sobre todo su omnipotencia*”. (Suma Teológica)

Entonces vemos que por su infinito poder Dios es quien más puede obrar con misericordia, y si bien no puede en sí mismo sentir dolor en su corazón por nuestra miseria, sin embargo la Encarnación hizo esto posible; Cristo, Dios hecho hombre, fue más que nadie quien hizo añicos su corazón de dolor por nuestras miserias.

Y a mayor miseria corresponde mayor misericordia. Por tanto nada es tan digno de misericordia como el pecado, que es la peor de las miserias. Y nada ni nadie tiene en el mundo el poder de librarnos de los pecados, sino sólo Dios.

Santa Faustina Kowalska, a quien el Señor reveló su divina misericordia de una manera tan particular, escribió:

“Oh inconcebible e insondable misericordia de Dios, ¿quién te puede adorar y exaltar de modo digno? Oh sumo atributo de Dios omnipotente, tú eres la dulce esperanza de los pecadores”².

2- LA PARÁBOLA

“Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este acoge a los pecadores y come con ellos»”. (Lc 15, 1)

El corazón duro de los fariseos no les permitía entender lo que el mismo Señor había dicho:

“Los fariseos y sus escribas murmuraban diciendo a los discípulos: «¿Por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?» Les respondió Jesús: «**No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores**»”. (Lc 5, 30-32)

Nuestro Señor relata tres parábolas, o sea tres ejemplos para ayudarles a entender algo que sobrepasa nuestro conocimiento: la misericordia de Dios.

La primera parábola es la de la oveja perdida, la segunda la de la dracma; nosotros meditaremos la tercera.

¹ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 2-2 Q.30 A.1 C.

² SANTA FAUSTINA KOWALSKA, *Diario*, 951, ed. it. 2001, p. 341.

Dijo: «Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: "*Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.*" Y él les repartió la hacienda». (Lc 15, 11-12)

Llegado a su mayoría de edad, el hijo podía pedir un parte de la herencia paterna. Pero su reivindicación, legítima en sí, se halló viciada por el deseo inmoderado de la libertad. El apuro por partir lo demuestra. El hombre pide a Dios que le dé libertad para usar de sus potencias y sentidos y de las cosas como él quiere.

«Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano...». (Lc 15, 13)

Podemos imaginar al viejo padre observando atentamente cómo se iba su hijo... seguramente un par de veces le gritó para que volviese... el hijo habrá mirado y quizás contestó con un “no te preocupes, estaré bien”. El dolor del corazón del padre debe haber sido indecible... se estaba yendo su hijo menor a quien tanto amaba, se estaba alejando de la casa de su padre donde seguramente no iba a ser feliz, se estaba yendo con los bienes que él mismo le había dado... Pensemos del corazón de Dios Padre al vernos alejarnos de Él por el pecado... al ver que esos mismos bienes que Él nos dio: talentos, dinero, etc., lo usamos justamente para hacer todo lo contrario del motivo por el cual Él había creado esas cosas y nos las había dado. Cierta impotencia en Dios... al no poder hacer nada... pero respeta nuestra libertad. Y allí se queda, esperando... mirando el camino de día y desvelado, pensando, por la noche.

Ese Dios se hizo hombre justamente para llamar al hombre, para que no se fuera de Su casa... para hacerlo volver.

... «Donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad». (Lc 15, 14)

Esto es lo que pasa cuando pecamos y nos alejamos de Dios, sentimos la tristeza y el vacío más profundo, al cual nada lo puede saciar salvo Dios mismo. El pecador llena sus potencias de pensamientos torpes, sus bolsillos de dinero, los sentidos de pasiones. Y a pesar de tanto gasto no satisface sus apetitos y se encuentra vacío y con más hambre. Siempre en el pecador hay vacío y hambre.

Comenzó a sentir la tristeza figurada aquí por “un hambre extrema”; pero en realidad, si analizamos bien los hechos, podemos darnos cuenta que aún en el momento en que estaba viviendo como un libertino, ya ahí no era feliz. Sin duda que trataría de acallar su conciencia con una dosis cada vez más fuerte de nuevas experiencias, de placer, etc., pero bien sabemos que eso no llena el corazón del hombre y que ya ahí sentiría en el fondo de su alma –y de tanto en tanto no tan en el fondo– ese carcomerle de su conciencia, señalándole que estaba haciendo las cosas muy mal.

El plan que Dios hace para los hombres podría ser así: “*si quieres ganarte el cielo, tienes que rechazar todo lo que puede gozarse en esta vida y sufrir mucho, y luego te prometo que te premiaré con la vida eterna*”. Si Dios nos dijera esto, aún siendo muy difícil, sería lo más conveniente el aceptarlo, ya que no hay comparación entre lo que se puede gozar o disfrutar en esta vida y la eternidad que Dios nos promete.

De todos modos, el plan de Dios no es éste que acabamos de nombrar, ya que Dios cuando nos invita a ser buenos no solamente nos ofrece la vida eterna como recompensa, sino que también nos asegura la felicidad en esta vida, porque sin lugar a dudas quienes han sido más felices en este mundo han sido los santos.

“Tengo 72 años y no he pasado una hora sin ser feliz”. (San Leonardo de Porto Mauricio)

“Tengo 72 años y no he pasado una hora feliz”³. (Goethe)

Y no hace falta quizás aducir la frase de algún gran pensador o un santo, alcanza con que uno analice su propia vida y vea cómo luego de hacer el bien posee una paz y una alegría muy distinta, por su perfección, a la que da el mundo.

Por tanto no debemos engañarnos pensando que los pecadores son más felices que los santos, porque esta es una de las más grandes mentiras que nos quiere hacer creer el mundo moderno. Mentira que parte del ateísmo reinante, ya que decir que el camino que nos lleva a Dios no nos hace felices, es lo mismo que decir que Dios no puede hacernos felices, y un dios que no puede hacernos felices, aún en esta tierra y aún en medio de sufrimientos, no es un dios verdadero, y por tanto o es una caricatura, o no existe.

Pensemos entonces cuál es el mejor negocio, vivir, aún rodeado de placeres, con el vacío del pecado en esta vida y luego condenarnos al infierno y no ver el rostro de Dios por toda la eternidad; o vivir, aún con sacrificios, en medio de la paz y alegría más profunda que se puede tener en esta tierra, y luego gozar eternamente de Dios en el Cielo. Cada uno juzgue y decida...

“Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba”. (Lc 15, 15-16)

Para un judío, un puerco es un animal impuro; por tanto a éste joven el pecado lo había dejado en la más grande de las miserias. Así nos deja el pecado... nos revuelca en la peor de las asquerosidades y a veces hasta nos transforma en menos que animales, ya que los animales no son capaces de hacer cosas que sí hacemos los hombres. Se cumple lo de San Agustín: “*caído de Dios, caes de ti mismo*”.

Qué dolor no habrá sentido su corazón, qué lágrimas no correrían por sus ojos, qué pesadumbre no habrá sentido al hacer semejante trabajo... no tanto por la bajeza que encerraba en sí tener que cuidar cerdos –que para un judío era un animal impuro–, sino porque lo tenía que hacer *lejos de la casa de su padre*. Se acordaría de los animales de su padre, de las veces que le tocó apacentarlos y qué gusto que sentía en hacerlo; gusto porque lo hacía por su padre y porque lo hacía también por él, porque la hacienda también era suya...

Cuando un alma vive en pecado también tiene que hacer sacrificios, pero éstos no tienen ningún sabor de consuelo, porque no sirven para nada y muchas veces son la paga que hay que tributar al pecado cometido (o por cometerse). Quien vive tratando de hacer la voluntad de Dios, siente sus sacrificios, aunque sea muy en el fondo, como algo hermoso, que agradan a su Padre, que lo hacen más parecido a Jesucristo... en definitiva, son “su propiedad”.

Y el padre, seguramente recordándolo...

«Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros"». (Lc 15, 17-19)

³ JOHANN WOLFGANG VON GOETHE, figura fundamental de la literatura alemana del fin del s. XVIII y comienzos del XIX.

«No se comprende absolutamente nada de la civilización moderna si antes no se admite que es una conspiración universal contra nuestra vida interior»⁴.

He aquí el comienzo de la conversión, milagro de la gracia. San Alfonso dijo “*que [la conversión] es un milagro más grande que la misma creación del mundo*”. Y para convertirse tuvo que entrar en sí mismo y allí encuentra el Maestro interior del que dice San Agustín: “*no vayas fuera, vuelve a ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad*”⁵. Y para entrar en uno mismo hace falta cierta calma y recogimiento, contra lo cual tanto lucha el mundo moderno.

En este recuerdo de la casa paterna le habrá pasado quizás de este modo: se habrá acordado de la felicidad que tendría en la casa de su padre el menor, el más pobre y menos aventajado de sus jornaleros; y contemplándose pobre, triste y abandonado (sobre todo abandonado de cariño, de afecto, de amor) habrá deseado ser aun que sea el último de sus jornaleros.

Quien vive en pecado mira a quienes están en gracia de Dios con cierta envidia... recuerda sus años de cercanía con Dios... y se da cuenta que cualquiera (en cualquier lugar, llevando cualquier cruz, etc.), cerca de Dios, está más feliz que él...

Esto que vamos diciendo del pecado mortal, puede decirse, mutatis mutandis, del pecado venial e incluso de una pasión desordenada que aleja de Dios.

“Y, levantándose, partió hacia su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente”. (Lc 15, 20)

Veamos la desproporcionada misericordia del Padre quien si lo vio cuando aún estaba lejos, significa que día a día lo estaba esperando, observando por el camino por el cual se había ido. Así, de esa misma forma, Dios está como esperando nuestra conversión, nuestra aceptación de las gracias que nos da para convertirnos. Es más el deseo que Él tiene de perdonarnos, que el que nosotros tenemos de ser perdonados. San Juan de Ávila le rezaba así a Nuestro Señor:

“Todo término se te hace breve para librar al culpado. Porque ninguno deseó tanto alcanzar su perdón, cuanto Tú deseas darlo; y más descansas Tú con haber perdonado a los que deseas que vivan, que no el pecador con haber escapado de muerte”⁶.

«El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus siervos: "Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado." Y comenzaron la fiesta». (Lc 15, 21-25)

Abrazarse a ese Padre y descansar en su pecho...

Tanto ama este padre a su hijo que nada le responde a su pedido de perdón, como si nada malo hubiera hecho. Sin duda que sería muy difícil que un padre reaccione de la misma manera; pero Jesucristo está hablando del amor de su Padre Celestial, el cual de algún modo puede decirse que supera toda lógica humana. No halla comparación este Amor con el amor humano, por eso toma la

⁴ GEORGE BERNANOS, *Francia contra los robots*; cit. en ROBERT SARAH, *Dios o nada*, cap 6.

⁵ SAN AGUSTÍN, *De vera religione* c.29.

⁶ JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, c. 82.

Escritura los amores más grandes de los hombres (paternidad –hijo pródigo-, maternidad –hijo de sus entrañas) e indica que Dios nos ama más todavía:

“¿Puede acaso una mujer olvidarse de su pequeñuelo, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ellas se olvidaren, yo no te olvidaría”. (Is 49, 15)

Manda el Padre a calzar a su hijo, a vestirlo, etc; signo de la gracia y la filiación divina que se recupera con el arrepentimiento. Y manda también hacer una fiesta porque su hijo ha resucitado...

“Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión”. (Lc 15, 7)

La parábola continúa con el episodio del hermano mayor pero nada más se dice del hijo pródigo. De todos modos no hace falta tener demasiadas luces para imaginarnos cómo serían para él los días siguientes en la casa de su Padre.

Sí, es totalmente cierto que su Padre lo recibió sin preguntarle nada y le devolvió toda la dignidad que tenía. Pero es imposible pensar que él no se hubiese sentido un poco extraño al volver... Así como su hermano, muy probablemente también supieran los criados que él había malgastado su dinero llevando una vida licenciosa. Por tanto sin duda que no volvió a ser el de antes... sino que volvió siendo mejor: más abnegado, más humilde, con mayor respeto para con los de su casa.

Así tiene que pasar también en nuestra vida: al volver a la casa Paterna, nuestros pecados pasados tienen que ayudarnos a volver con mucho más fervor.

La parábola sigue:

«Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y, llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: “Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano”. Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre y le rogaba. Pero él replicó a su padre: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!”. Pero él le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado”». (Lc 15, 25-32)

Acá hay también algo digno de meditar, y es que, además del pecado del hijo pródigo, tenemos otro pecado, el del hermano mayor: el pecado de soberbia. Porque el hermano mayor, como lo explica el p. Henri Nouwen, tiene una disposición totalmente inmisericorde. Este hermano cumplía, pero no era feliz cumpliendo lo que debía hacer. De algún modo tenía envidia del hermano menor. Vivía con su padre pero sin alegría. Cumpliendo, pero como con un peso, no con amor, no disfrutando. Cumplía, pero se creía mejor que su hermano. Lo lógico de alguien humilde hubiera sido pensar "mi hermano debe haber estado sufriendo". Tendría que haber hablado con su padre e ir a buscarlo, sabiendo que si él no cayó en pecado es porque Dios lo había sostenido. Trágico lo del hermano mayor, porque el menor se arrepintió, pero del mayor no sabemos nada... Es peor el pecado de soberbia que el pecado de la carne. Es un pecado espiritual, que tiene más semejanza al pecado del demonio.

Tenemos que analizarnos nosotros, porque muchas veces tenemos de las dos cosas. Tenemos que aprender a amar como el padre, que es el ejemplo acabado de amor en esta parábola, que respeta la libertad del hijo menor, lo perdona cuando vuelve. Y después le ruega al hermano mayor para que vuelva a la fiesta. Depende mucho nuestra santidad en comprender la misericordia infinita del Señor. Dios nos está esperando, nos quiere salvar, nos quiere santos.

Confiemos mucho en Él. El amor de Dios es tan grande que no lo podemos entender. Rembrandt en su pintura pone una mano femenina y una masculina, porque Dios, en cuanto padre, no es ni varón ni mujer. Pero si unimos el amor de todas las madres del mundo es nada comparado con el amor de Dios, y si unimos el amor de todos los padres del mundo es nada comparado con el amor de Dios. Busquemos conocer más el corazón de Dios para llegar a entender que Dios tiene siempre una oportunidad nueva para nosotros.

Diligentibus Deo, omnia cooperantur in bonum... (todo coopera para bien de los que aman a Dios) (Rm 8, 28) dice san Pablo. Y san Agustín se anima a agregar: ***“etiam peccata”*** (también los pecados). El pecado también, misteriosamente, nos ayuda a ser santos. No tenemos que ser santos a pesar de nuestros pecados, sino a causa de ellos. Es un misterio. El mismo misterio que hace a la Iglesia, en la noche más solemne del año, el sábado de gloria, le cante al pecado "feliz culpa, que nos mereció tan gran Redentor". Sólo Dios puede convertir lo más terrible en una bendición.

Nuestros pecados tienen que ser ocasión para amar ahora más a Dios. Por ejemplo, ¿cómo amó la Magdalena a Cristo luego de recibir el perdón de sus muchos pecados!. Es que el ser perdonados por Dios es uno de los actos que más nos mueven a gratitud y a amor. Y esto porque **no hay nada que mueva tanto a amar como el sentirse amado.**

Más valora el jefe del ejército a un soldado que luego de desertar vuelve y pelea con todo ahínco, que a uno que siempre le fue fiel pero no se esforzó nunca en serio por la victoria. Así también valora más Dios a quien luego de haber pecado vuelve a la vida de la gracia con todas sus ganas, que aquel que quizás siempre estuvo en gracia pero vivió tibiamente.

Y Dios no sólo nos perdona, sino que nos devuelve el crédito, sigue confiando en nosotros, como si nada hubiera pasado. Confía y se alegra en la esperanza de que haremos grandes obras por Él. Es un **borrón y cuenta nueva**, que sólo Dios puede hacer, porque sólo Él puede aniquilar nuestros pecados al perdonarnos.

“No tenemos derecho a dejarnos acorralar por nuestro pasado: eso sería añadir un pecado más a los ya cometidos; sería una falta de confianza en la misericordia y el poder infinitos de Dios, que nos ama y está siempre dispuesto a ofrecernos una nueva oportunidad de alcanzar plenamente la santidad, sin que el pasado suponga jamás un impedimento. Cuando nos sentimos tentados por el abatimiento al considerar nuestro pasado y el escaso camino recorrido, es necesario hacer un gran acto de fe y de esperanza, como el siguiente: ***te doy gracias, Dios mío, por todo mi pasado; creo firmemente que, de cuanto he vivido, Tú podrás sacar un bien; no quiero tener ningún pesar y desde hoy me decido a recomenzar desde cero con exactamente la misma confianza que si toda mi historia pasada no estuviera hecha sino de fidelidad y santidad.*** ¡Nada podrá agradar más a Dios que esta actitud!”.⁷

Es más grave desconfiar de la misericordia de Dios que matar al hermano.

⁷ JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior*

Dijo Caín al Señor:

“Mi maldad es tan grande, que no puedo yo esperar perdón”. (Gn 4, 14)

“¡Mi maldad es tan grande! he aquí el primer hombre que no espera perdón. ¡Cuántos pecadores no conocen la grandeza de las misericordias del Padre celestial, e imitan a Caín en esta desconfianza! Este nuevo pecado fue sin comparación mucho mayor que el mismo fratricidio que poco antes había cometido”⁸. (Scio)

Veamos antes de terminar un ejemplo más sobre de la misericordia de Dios:

Primero dejemos en claro que todos los actos misericordiosos de los Santos son un mero reflejo de la misericordia de Dios mostrada en Jesucristo.

En la cueva donde Jesús niño vino al mundo, moró por espacio de veinticinco años el célebre doctor de la Iglesia san Jerónimo (+420).

Una vez oró a Jesús de este modo: “*Querido Niño, tú has sufrido mucho por salvarme. ¿Cómo podré yo compensártelo?*” Y oyó que le respondían: “*Alaba a Dios con las palabras: Gloria a Dios en las alturas*”. Repuso el santo: “*Eso ya lo hago; quiero darte algo: todo mi dinero*”. A lo que obtuvo esta respuesta: “*El dinero dáselo a los pobres; será como si me lo diceses a mí*” “*así lo haré; pero a ti, ¿qué puedo darte?*” La respuesta fue ésta: “***Dame tus pecados: te los pido para borrarlos***”.

A estas palabras, Jerónimo se echó a llorar y dijo: “*Querido Jesús, toma todo lo que es mío y tú dame todo lo que es tuyo*”⁹.

Coloquio:

Terminar con un coloquio de misericordia agradeciendo a Dios por amarnos y esperarnos tanto tiempo... Pedir la gracia de que al ver tanta misericordia obremos en consecuencia, entregándonos sin reservas a cumplir las voluntad de Dios.

Hagamos este coloquio ante Jesucristo...

“Jesucristo es la misericordia divina en persona: encontrar a Cristo significa encontrar la misericordia de Dios”¹⁰. (Card. Ratzinger)

“Cuando nos damos cuenta de que el amor que Dios tiene por nosotros no se para ante nuestro pecado, no se echa atrás ante nuestras ofensas, sino que se hace más solícito y generoso; cuando somos conscientes de que este amor ha llegado incluso a causar la pasión y la muerte del Verbo hecho carne, que ha aceptado redimirnos pagando con su sangre, entonces prorumpimos en un acto de reconocimiento: «**Sí, el Señor es rico en misericordia**»”¹¹. (san Juan Pablo II)

Y como dice san Alfonso María de Ligorio:

“Si alguno pone duda, oiga el testimonio de los santos que dicen: ¿quién jamás acudió a María, y dejó de encontrar amparo? (Inocencio III) ¿quién, oh Virgen santa, recurrió a valerse de vuestro patrocinio, con el cual podéis aliviar a todo miserable y salvar a todo pecador, y le abandonasteis?

⁸ Cit. MONS. STRAUBINGER

⁹ MAURICIO RUFINO, *Vademecum de ejemplos predicables*, Ed. Herder, Barcelona, 1962, N° 1651.

¹⁰ *Misa Pro Eligeno Papa*, 18/04/05, antes de comenzar el Cónclave

¹¹ *Reconciliatio et poenitentia*, n. 22

(Eutichian). No, nunca sucedió, ni sucederá, que habiendo alguno acudido a vos, le hayáis faltado. Y si esto se ha visto alguna vez, no se hable más de vuestra misericordia (san Bernardo). Antes faltarán los cielos y la tierra, que María en socorrer a los que la invoquen sinceramente poniendo en ella su confianza (Blos. In Spec. c. 12.)(...)»¹².

... Ave María Purísima, si pecado concebida.

¹² SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Las glorias de María*, p 101